

**Carta a quienes desde la buena voluntad ideológica
todavía defienden el gobierno del Presidente Nicolás Maduro**

Carlos Parra, Ph.D.
Johns Hopkins University

Apreciados hermanos y hermanas de la izquierda y la derecha, del sur y del norte:

Una de las dificultades mayores para evaluar una situación tan difícil y compleja como la que acontece en Venezuela es la polarización, manifestada en la canonización del aliado y la demonización del oponente. Otro problema es el lenguaje que algunos utilizan para descalificar a su contrincante obstaculizando aún más la comunicación empática entre dos o más puntos de vista diferentes, aunque en algunos casos ese lenguaje sea una forma de expresar y drenar la frustración y la impotencia ante situaciones intolerables e indefendibles.

Es imperativo no continuar cayendo en la tentación de ideologizar la realidad venezolana según nuestros ideales políticos y teológicos. Si bien es cierto que nuestros pueblos han sido y continúan siendo víctimas de un orden global injusto que favorece a los que ejercen el control e intentan desestabilizar toda iniciativa contraria a sus intereses, no cabe duda que todas las posibles bondades de la revolución bolivariana han ido desvaneciéndose vertiginosamente al perder de vista al sujeto de la misma (el pueblo) y sustituirlo por aquellos que por razones de convicción o simplemente de supervivencia se adhieren al partido de gobierno, al cual deben permanecer sumisos sin cuestionamiento de ningún tipo. Los pobres que tienen una opinión diferente y se atreven a manifestarla (sobre todo los jóvenes) simplemente son excluidos, maltratados y ya muchos han perdido la vida.

Es sin duda lamentable que un proyecto político con un potencial tan alto para la transformación integral de nuestros pueblos se haya desvirtuado de un modo tan catastrófico en el caso de Venezuela. Pero igualmente lamentable es que nuestras interpretaciones ideologizadas, que a veces rayan en el fundamentalismo y hasta el fanatismo político y en la miopía teológica, nos impidan ver la realidad tal y como es. Basta hacer uso de cualquier medio de transporte público en Venezuela, como un autobús o un carro por puesto, que es el medio de traslado de la mayoría venezolana empobrecida, para escuchar el clamor unánime de ex-chavistas autoconfesos en contra del régimen del Presidente Nicolás Maduro y darse cuenta de inmediato del rechazo que el venezolano común siente por el gobierno actual.

Aunque la alternativa que representa la oposición -dividida y distraída por los propios intereses particulares de su pluralidad interna- sea muy desalentadora (con excepción de algunos líderes emergentes con una

genuina vocación política), en una verdadera democracia es el pueblo quien debe tener la última palabra para elegir a sus gobernantes, equivocarse o acertar al hacerlo, corregirse o afianzarse, a través de un sistema electoral verdaderamente imparcial y que no sea un títere del gobierno. El pueblo quiere elecciones, pero esto constituye la mayor amenaza para el gobierno, porque éste está consciente de que un llamado a elecciones automáticamente significaría la pérdida inexorable del poder, un poder cada vez más alejado de los ideales originales de la revolución bolivariana y que se ha convertido en un objetivo en sí mismo para aquellos que lo ostentan dejando de ser un instrumento al servicio del pueblo venezolano.

Ante una crisis mucho menor que la que se ha desatado en Venezuela, gobernantes decentes y de mediana estatura moral lo menos que podrían hacer es poner sus cargos a la orden por el bien común.

Desafortunadamente, el gobierno venezolano está haciendo exactamente todo lo contrario: aferrarse al poder sin medir las consecuencias nefastas que esto está teniendo sobre los más pobres, no sólo debido a la violencia física ocasionada por la represión policial y militar sino a la violencia de no tener acceso a medicinas ni alimentos más allá de los que el mismo gobierno dispensa a quienes lo apoyan enajenados de su propia libertad. E incluso si la ausencia de alimentos y medicamentos se debiera a una guerra económica como el gobierno alega, pero que en realidad obedece a un sistema fallido, incompetente y soberbio, el gobierno no debería continuar sacrificando al pueblo.

Sin duda el socialismo y el socialismo cristiano continuarán siendo opciones de reflexión y actuación en el espectro político venezolano y seguirá siendo necesario identificar y prestar mucha atención a las raíces profundas de la pobreza en Latinoamérica como injusticia sistémica y violencia institucionalizada para poder lograr cambios radicales y sostenibles, pero tendrá que pasar mucho tiempo para que sanen las heridas provocadas por los que en nombre de la tan anhelada y necesaria justicia social han pretendido domesticar y debilitar a un pueblo bravo y fuerte (como se describe al pueblo zuliano en el himno a Nuestra Señora de Chiquinquirá) para su propio beneficio y haciéndolo vulnerable a los nefastos estragos del narcotráfico y la violencia armada contra el mismo pueblo sencillo e indefenso apoyada por el estado como nunca antes.

La opción preferencial por los pobres manifestada vehementemente por la Conferencia Episcopal Latinoamericana y apoyada por Francisco desde el solio pontificio ciertamente nos llama a denunciar proféticamente a un régimen que los utiliza como excusa para afianzarse en sus propios intereses. Es cierto que la historia nos ofrece muchas situaciones políticas y eclesiásticas en las que no ha sido fácil tomar partido debido a la complejidad de las mismas. Sin embargo, hay suficientes elementos objetivos para exigir la renuncia inmediata del Presidente Maduro y que sea el pueblo venezolano quien apueste por un presente diferente y un futuro mejor a través de elecciones libres.